

*Aspectos contrastantes en la tradición sobre L. Licinio Lúculo**

Luis BALLESTEROS PASTOR
Universidad de Sevilla

SUMMARY

The ancient sources give us two contrasting views about L. Lucullus: on one side, a honourable soldier and politician, and, on the other side, a corrupt wealthy man. Both images deal with the political struggle in the Late Republic.

Difusa en la maraña de intereses que confluían al final de la República, la imagen que las fuentes antiguas nos han legado de L. Licinio Lúculo (cos. 74 a.C.) es contradictoria. Así, durante sus campañas en Oriente, éste se esforzará por aparecer como un general experto, imitador como tantos de Alejandro. Pero paralelamente, Lúculo nos es presentado a su regreso a Roma como un ser corrompido por el «lujo asiático», como el introductor de la *τροφή*, la molicie, en teoría ajena a la sobriedad del espíritu romano, y a la que no pocos achacaron los males de la República. Tanto una imagen como otra obedecerían a la propaganda de los distintos núcleos de poder de este momento, cuyo rastro se puede percibir de manera implícita, y en ciertos casos explícita, en las distintas tradiciones historiográficas sobre nuestro personaje.

Es obligado comenzar por Plutarco, como el autor que más se destaca en recoger los aspectos positivos. Sabido es que éste sentía una especial inclinación por Lúculo, benefactor de Queronea, que le erigió una estatua junto a la de Dioniso, en agradecimiento por haber levantado un

* Este artículo ha sido elaborado dentro del Grupo de Investigación HUM0441 del II P.A.I. de la Junta de Andalucía.

castigo impuesto por Sila ¹. De este modo, Plutarco no sólo escoge para buena parte de su *Vita* los pasajes más apropiados al retrato glorioso de su héroe, que aparece como imitador de Alejandro y paradigma de las virtudes helénicas ², sino que además se hace eco de una serie de noticias abiertamente falsas, que tienden más que nada a justificar su campaña en Armenia, en persecución del derrotado Mitrídates, que eclipsó sus éxitos anteriores, y que sería su decisión más controvertida, motivo de fuertes críticas en Roma ³. Plutarco nos habla así de la presencia, varios años antes, de armenios mandados por Tigranes junto a las tropas de Mitrídates que asediaban Cícico ⁴, y, ya en territorio pónico, narra cómo el general justifica su táctica por el peligro que podría suponer una alianza pónico-armenia, impulsada por la compasión que en Tigranes pudiera despertar la desdicha de Mitrídates, a la sazón padre de su esposa Cleopatra ⁵. Pero en realidad Tigranes nunca antes había ayudado explícitamente al rey pónico, y es más, lo confinaría durante veinte meses cuando, tras ser derrotado, buscó refugio en Armenia ⁶. Plutarco nos refiere ambas noticias mediante palabras puestas en estilo directo en boca de Lúculo, por lo que podría estar copiando a un testigo ocular de la campaña ⁷.

¹ Plu.*Cim.* 1-2. Para J. Geiger, «Plutarch's Paralell Lives: the Choice of Heroes», *Hermes*, 109, 1981, 85-104, p. 87, la elección de Lúculo para una de las *Vidas* se debió a la admiración de Plutarco hacia el benefactor de su ciudad natal. Pero consideramos que la importancia de Lúculo en la escena política romana de fines de la República está fuera de duda.

² S.C.R. Swain, «Hellenic Culture and the Roman Heroes of Plutarch», *JHS*, 110, 1990, 126-145, p.143 y ss.; *id.*, «Plutarch's Characterization of Lucullus», *RhMus*, 135, 1992, 307-316; L. Ballesteros Pastor, «L. Licinio Lúculo: episodios de *imitatio Alexandri*», *Habis*, 29, 1998, 77-85.

³ D.C.36.2.1; Plu.*Luc.*24.3; Cic.*Pomp.*9.23. T.W. Hillard, «Plutarch's Late-Republican Lives: Between the Lines», *Antichthon*, 21, 1987, 19-48, p. 37 y ss.; A.C. Keaveney, *Lucullus. A Life*, Londres-Nueva York 1992, p. 111 y ss.; L. Ballesteros Pastor, *Mitrídates Eupátor, rey del Ponto*, Granada 1996, pp. 258 y ss., pp. 459 y ss. Sobre estas campañas, cf. *ibid.* pp. 217 y ss.

⁴ Plu.*Luc.*9.4; L. Ballesteros Pastor, *op. cit.*, p. 222 n.22.

⁵ Plu.*Luc.* 14.4-6.

⁶ App.*Mith.*82; Plu.*Luc.*19.1; Memn.31, 38.1J; cf. L. Ballesteros Pastor, «Observaciones sobre la biografía de Mitrídates Eupátor en el Epítome de Justino», *Habis*, 27, 1996, 73-82, pp. 79-0; *id.*, *op. cit.*, pp. 422-3.

⁷ Ambos pasajes quizás provengan de un mismo autor, pues citan juntos a «medos y armenios». Se duda de la existencia de unas memorias del propio Lúculo: véase R. Syme, *Sallust*, Berkeley 1964, p. 206; T.W. Hillard, *art. cit.*, p. 39, y se tiende a valorar la obra de Arquias, que lo acompañó en Oriente (*ibid.* pp. 37 y ss.). C.R.B. Pelling, «Plutarch's Adaptation of his source-material», *JHS*, 100, 1980, 127-140, pp. 127 y ss., considera característico de Plutarco el comprimir o desplazar en el tiempo los acontecimientos, aunque aquí consideramos que habría una intencionalidad concreta.

Plutarco establece implícitamente una relación causa-efecto entre la guerra en Armenia y la embajada de Apio Claudio Pulcher (cuñado de Lúculo) ante Tigranes, para solicitar la entrega del huido Mitrídates. Pero en modo alguno se concreta una hostilidad del rey armenio hacia el legado, que en cambio se nos muestra en una actitud amenazante, al plantear un ultimátum que, seguramente, no estaba entre las instrucciones recibidas de su general⁸. Esto quizás nos podría explicar el error de Plutarco, que sitúa la reconciliación de los reyes armenio y pónico justo después de esta embajada⁹, y justifica la invasión de Armenia por las tropas romanas como un movimiento preventivo ante la noticia de una inminente invasión de la provincia de Asia por Tigranes¹⁰. Pero no poseemos noticia alguna de que dicha invasión se estuviera ni siquiera planteando: la llegada de los romanos cogió por sorpresa al rey armenio¹¹, y su reconciliación con Mitrídates no tuvo lugar hasta después de la caída de Tigranocerta, muchos meses después de esta entrevista¹².

También se pretendió responsabilizar del fracaso de Lúculo a las tropas que, sin obedecer a su general, propiciaron la reacción de un enemigo que parecía estar a punto de ser totalmente sometido. En tal sentido iría una visión distorsionada del papel de P. Clodio Pulcher, protagonista de turbulentos episodios que tendrían lugar poco después en Roma, que aparece en nuestros relatos como el verdadero agente de las desdichas de Lúculo. Cuando la ciudad de Nísibis acaba de ser capturada, la trayectoria de la guerra sufre un cambio que parece repentino: Clodio incita a la tropa al motín contra su general. Pero Plutarco exagera la capacidad de actuación que aquél, un miembro del *consilium* de Lúculo, pudo haber

⁸ Plu.*Luc.*21; Memn.31J; Sall.*Hist. fr.* 4.57-58M. Cf.E. Rawson, «The Eastern Clientelae of Clodius and the Claudii», *Historia*, 22, 1973, 219-139, p. 231; A.N. Sherwin-White, *Roman Foreign Policy in the East 133 B.C. to A.D. 1*, Londres, 1984, p. 174; L. Ballesteros Pastor, *op. cit.*, pp. 238 y ss.; A.C. Keaveney, *op. cit.*, p. 108. Tigranes, descrito por Plutarco como monarca bárbaro y tiránico, estaría molesto por la libertad de palabra del romano: véase L. Pulci Doria, «Plutarco e Tigrane II Φιλέλλην», *AFLN*, 16, 1973/74, 37-67, especialmente pp. 47-8.

⁹ Plu.*Luc.*22.2; cf. B.C. McGing, «The Date of the Outbreak of the First Mithridatic War», *Phoenix*, 38, 1984, 12-18, p. 13; *id.*, *The Foreign Policy of Mithridates VI Eupator, King of Pontus*. Mnemosyne, suppl.89, Leiden, 1986, pp. 152-3; L. Ballesteros Pastor, *op. cit.*, pp. 247-8.

¹⁰ Plu.*Luc.*23.7.

¹¹ Plu.*Luc.*25.1-2; App.*Mith.*84.

¹² App.*Mith.*85; Memn.38.1J; cf. L. Ballesteros Pastor, *op. cit.*, pp. 247-8; B.C. McGing, «The Date ...», p. 13. La embajada tendría lugar posiblemente en el invierno del 71/70 a.C., Tigranocerta cae el 6 de octubre del 69 a.C. (Plu. *Luc.* 27.7).

tenido sobre los soldados. Clodio difícilmente se habría dirigido a las tropas en un discurso abierto, puesto que podría haber sido arrestado y ejecutado, o perseguido según la *Lex Cornelia de maiestate*¹³. Como nos relata el propio Plutarco, los soldados ya estaban antes descontentos, después de la batalla junto al río Arsánias (cuyo desenlace no debió ser tan victorioso como se nos quiere hacer creer¹⁴), cuando ya se tendría noticia del contraataque de Mitrídates y las primeras derrotas en el Ponto¹⁵. En particular, habrían sido las dos legiones que llegaron a Asia en el 86, durante la Primera Guerra Mitrídática, bajo el mando de L. Valerio Flaco, las que más se señalaron en su insubordinación, pero éstas habían cumplido ya su periodo de servicio y Lúculo había sido relevado oficialmente del mando; sin embargo, ciertos autores parecen dar la sensación de que la negativa de estos hombres a seguir a su general no estaba del todo justificada¹⁶. En este mismo sentido, el retrato negativo que las fuentes

¹³ Plu. *Luc.* 34; D.C.36.14.4; Liv.*Per.*99; D. Mulroy, «The Early Career of P. Clodius Pulcher: A Re-examination of the Charges of Mutiny and Sacrilege», *TAPhA*, 118, 1988, 155-178, pp. 162 y ss.; W.J. Tatum, «Lucullus and Clodius at Nisibis (Plutarch, *Lucullus* 33-34)», *Athenaeum*, 69, 1992, 569-579.

¹⁴ H. Manandian, *Tigrane II et Rome*, Lisboa, 1963, pp. 140 y ss.; L. Ballesteros Pastor, *op. cit.*, p. 250. En verdad, Lúculo hubo de cambiar sus planes de tomar Artaxata (antigua capital armenia), y los reyes enemigos no sufrieron una derrota que les impidiera la posterior reacción. La descripción plutarquea de las protestas de la tropa, gritando en sus tiendas por la noche, pudo derivar de Livio (cf.40.36.4): véase W. Rutz, «*Seditio-num procellae*. Livianisches in der Darstellung der Meuterei von Opis bei Curtius Rufus», en E. Lefèvre; E. Olshausen (eds.), *Livius, Werk und Rezeption. Festschrift E. Burck zum 80. Geburtstag*, Munich, 1983, 399-409, p. 401. Esta situación tensa es la que nos confirma la hipótesis sobre el final del poema de Arquias en la toma de Tigranocerta: Th. Reinach, *Mithridate Eupator, roi de Pont*, París, 1890, p. 427; F.P. Rizzo, *Le fonti per la storia della conquista pompeiana della Siria*. Kokalos suppl.2, Palermo, 1963, p.31. Ésta señalaría el cúlmén de la gloria de Lúculo; Plutarco le dedica más de tres capítulos (26-29.2), y cita a tres autoridades (28.7): Antíoco de Ascalón, Estrabón y Livio. La toma de Nisibis está muy resumida (*Luc.*32.4), y difiere respecto Dión (36.7), que la describe como un ataque por sorpresa más que un asalto a la fuerza. Pero, según Cicerón, el poema de Arquias abarcaba *Mithridaticum bellum totum* (*Arch.*9.21), por lo que esta fase negativa habría quedado silenciada.

¹⁵ Tal es el orden que establece Dión (36.8-14) y que se contradice con Plutarco: cf. D. Mulroy, *art. cit.*, p. 163 n.11.

¹⁶ Plu.*Luc.*35.3; Liv.*Per.*98: *Lucullum (...) seditio militum tenuit, quia sequi volebant*. Para comparar las diferentes versiones véase F.P. Rizzo, *op. cit.*, pp. 42-3: según Dión, Lúculo no quería abandonar el mando en contra de las órdenes recibidas (36.2.1-2; cf. Sall. *Hist.* fr. 4.71M); cf. L. Ballesteros Pastor, *op. cit.*, pp. 258 y ss. Además, es cierto que el periodo de servicio de las tropas expiraba en el 66 (*App. Mith.* 51; Plu. *Sull.* 20.1; Liv.*Per.*82; Memn.24.1J); R. Smith, «Pompeius' Conduct in 80 and 77 B.C.», *Phoenix*, 14, 1960, 1-13, p. 12.

nos hacen de C. Flavio Fimbria tendería entre otras cosas a demostrar cómo incitó a la indisciplina a estas dos legiones que actuaron bajo su mando en la Primera Guerra Mitridática, y hacerlo así responsable indirecto de las humillaciones que estos soldados hicieron pasar a Lúculo ¹⁷.

Pero además de justificar sus decisiones más controvertidas, la tradición favorable a Lúculo selecciona pasajes que ensalzan a éste y eclipsan (cuando no denostan) a algunos de sus allegados, y dejan traslucir así la pugna existente. El caso más notorio y comentado sería el de Pompeyo, cuya rivalidad con Lúculo es presentada como algo que venía desde tiempo atrás, pero que no debió en realidad haberse dado antes del año 66 a.C. en que se vota la *Lex Manilia* ¹⁸. L. Licinio Murena, tras la toma de Amiso, reclamó que el gramático Tiranión le fuera entregado como esclavo, y después lo liberó. Lúculo le reprendió por su actitud, que rebajaba la dignidad de personaje tan señalado, al que Murena habría quitado la libertad que tenía por nacimiento. Pero Plutarco indica además que no sería esta la única acción deshonrosa de Murena en esta guerra, en contraste con la nobleza de su general ¹⁹.

M. Cota, colega de Lúculo en el consulado, aparece no sólo como un ambicioso que reclama, igual que éste, que se le asigne una provincia en Oriente para luchar contra Mitridates ²⁰, sino también como un inexperto en el campo militar. Recién llegado al escenario de la guerra, se refugia

¹⁷ Con ello se trataría de solapar la actuación sin incidentes de estas tropas en Asia bajo las órdenes de L. Licinio Murena y P. Servilio Isáurico, y también del propio Pompeyo, que las realitó (D.C. 36.14.3). F. Frazier, «Remarques autour du vocabulaire du pouvoir personnel dans les *Vies Parallèles* de Plutarque», *Ktema*, 18, 1993, 49-66, p. 61, señala cómo los fimbrianos, cuando entran a las órdenes de Lúculo, tendrán, según Plutarco, «por vez primera» la experiencia de un *ἄρχων* y *ἡγεμών* (Luc.7.2). La situación de Fimbria y la de Lúculo serán similares, cuando suplican a las tropas que sigan con ellos (cf. Plu. *Luc.* 35.3-6; App. *Mith.* 59).

¹⁸ T.P. Hillman, «The Alleged inimicitiae between Pompeius and Lucullus», *CP*, 86, 1991, 315-318.

¹⁹ *Luc.* 19.7. Esta frase final de Plutarco es realmente misteriosa, puesto que nada indica que las relaciones entre Lúculo y Murena hubieran sido malas. En ella se basa Hillard, *art. cit.*, pp. 43 y ss., para negar la colaboración de ambos *Licinii*, que trató de señalar F. Coarelli, «Alessandro, i Licinii e Lanuvio», en *L'art decoratif à Rome à la fin de la République et au début du principat*, Roma, 1981, 229-284, pp. 253 y ss. Hillard aduce la ausencia en Plutarco de alabanzas expresas a Murena, pero éste volvió como miembro de la comisión encargada de organizar la nueva provincia de Bitinia-Ponto. El hermano de Lúculo estaba entre sus miembros, y por tanto no debía ser hostil a éste (Cic.*Att.* 13.6); cf. D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor*, Princeton, 1950, v.II, p. 1219 n.56. Lúculo apoyaría a Murena en las elecciones consulares para el 62 (Cic.*Mur.* 37 y 69).

²⁰ Plu.*Luc.* 6.5.

en Calcedón, que es cercada por Mitrídates, y su flota es derrotada: la sensación que los relatos antiguos nos ofrecen es la de una impericia que obliga a Lúculo a cambiar su planteamiento de la campaña y lo hace aparecer como el providencial salvador de sus compatriotas²¹. El asedio y toma de Heraclea Póntica por parte de Cota, uno de los sucesos más relevantes por su duración (dos años) y por la indudable importancia de esta ciudad, no aparece prácticamente mencionado en los relatos conservados, salvo el de Memnón, cuya obra trata de la historia de ésta su ciudad natal. Podemos hallarnos ante la ocultación de un episodio particularmente nefasto en esta campaña, no sólo desde el punto de vista militar, sino también por la penosa actuación del procónsul, cuyos expolios fueron denunciados ante Roma por los heracleotas, hasta el punto de hacerle perder su rango senatorial²². Pero Apiano va aún más allá, al adjudicar directamente a Lúculo la toma de Heraclea, con lo que se arrebató a Cota su más resonante victoria en la guerra²³. El propio Cota consiguió recibir para sí el *cognomen* «Póntico», en detrimento de su antiguo colega, que, ciertamente, había hecho más méritos que él²⁴. Por ello es de resaltar también que Lúculo, que promovió un proceso contra aquél, hiciera recordar en un epígrafe el rescate de los sitiados en Calcedón²⁵. Nos hallamos, pues, ante la posibilidad de que ciertos relatos sobre esta guerra hayan seleccionado fundamentalmente los aspectos que exaltan a Lúculo, o que el autor o autores de algunos de ellos se hayan limitado a narrar las hazañas de éste, silenciando a otros protagonistas.

²¹ App.*Mith.* 71; Plu.*Luc.* 8.2; Sall.*Hist.* fr.4.69.13M; Liv.*Per.* 93; Oros.*Hist.* 6.2.13; Eutr. 6.6.2; Ascon.*Pis.* p. 5C. Hillard, *art. cit.*, p. 44, observó aquí una distorsión de Plutarco en favor de Lúculo, frente a la versión de Apiano, que no atribuye el fracaso de Cota a su ansia de gloria, sino a su inexperiencia militar. Para nosotros, son dos caras de la misma moneda: Cota habría ocupado cargos militares con anterioridad, y si se sentía incapaz, debería haberse abstenido de intervenir.

²² Memn.39J; D.C.36.40.4; M. Alexander, *Trials in the Late Roman Republic*, Toronto, 1990, p. 70.

²³ App.*Mith.* 82. Plutarco omite cualquier referencia. Apiano (*Mith.* 112) señala a Cota entre los derrotados por Mitrídates, frente a Lúculo y Pompeyo que habrían salido victoriosos. Sobre la visión favorable a Lúculo en Apiano, véase B.C. McGing, «Appian's 'Mithridateios'», *ANRW* II, 34.1, 1992, 496-522, p. 516.

²⁴ Memn.39.1J; J. Linderski, «A Missing Ponticus», *AJAH*, 12, 1987, [1995], 148-166; cf. R.F. Thomas, «L. Lucullus' Triumphal Agnomen», *AJAH*, 2, 1977, 172.

²⁵ *CIL* I² p.196 xxi. Los hermanos L. y M. Lúculo promovieron acusaciones contra Cota a su regreso a Roma: Ps.Ascon.p.222 Stangl; D. David; M. Dondin, «Dion Cassius XXXVI, 41, 1-2. Conduites symboliques et comportements exemplaires de Lucullus, Acilius Glabrio et Papirius Carbo (78 et 67 av. J.-C.)», *MEFRA*, 92, 1980, 199-213, pp. 205 y ss.

La rivalidad entre los *Servilii* y los *Luculli* venía ya desde finales del siglo II²⁶. Ello ayudaría a comprender que tanto P. Servilio Vatia Isáurico como Lúculo pugnasen por exaltar sus méritos respectivos. Así, ambos se quisieron atribuir el haber sido los primeros romanos en cruzar el Tauro, cordillera que, con el río Halis, había señalado en el siglo II a.C. el límite de la tierra conocida para los romanos, y, más allá, entre «barbarie» y «civilización»²⁷. Es significativo que un mismo autor (Livio) se haga eco de las pretensiones de ambos, y que Plutarco se esfuerce una vez más en atribuir a Lúculo otra primicia²⁸. Este autor presenta a Lúculo como el vencedor efectivo de Tigranes, y, por tanto, como el primero en extender los dominios romanos hasta límites míticos: el Caspio y el Mar Árabe²⁹, en clara rivalidad con Pompeyo, que no sólo se atribuía la conquista de estos mismos territorios, sino que pretendía haber llegado al Caspio mismo, y haber conquistado Asia en su totalidad³⁰.

Lúculo por tanto aparece como un pionero, pero no sólo en cuanto a los territorios conquistados³¹. Se nos presenta así como el primer romano en ver camellos y en dar a conocer las cerezas. Pero estas primicias serán

²⁶ D. Epstein, *Personal Enmity in Roman Politics 218-43 B.C.*, Londres-Nueva York, 1987, p. 115; David y Dondin, *art. cit.*, pp. 206-7; A.C. Keaveney, *op. cit.*, pp. 4-5; cf. Cic.*Prou.*22.

²⁷ M. Sordi, «Il confine del Tauro e dell'Halys e il sacrificio in Ilio»; en *Politica e religione nel primo scontro tra Roma e l'Oriente*, CISA 8, Milán 1982, 136-149, pp. 137 y ss.; cf. V. Manfredi, «Il confine del Tauro e la marcia di Vulzone», *ibíd.*, 150-158.

²⁸ Fest.*Breu.*12.2: *Servilius (...) uiam per Taurum montem primus instituit...*, 14.1: *Per confinia Armentarum primum sub Lucio Lucullo Romana trans Taurum arma transmissa sunt*; Eutr.6.3; Plu.*comp.Cim.-Luc.*3.1. El caso de Servilio ha sido además cuestionado: véase P.T. Keyser, «Sallust, Dioskorides and the Sites of the Korkyros Captured by P. Servilius Vatia», *Historia* 46, 1997, 64-77. Las campañas contra los piratas de éste y de L. Licinio Murena (padre) son minimizadas por Apiano (*Mith.*93).

²⁹ *Luc.*26.4, 36.5-6; *comp.Cim.-Luc.*3.2. Plutarco habla en este último pasaje del «Mar Rojo», pero éste término designaba el Golfo Pérsico, o el Océano Índico mismo, cf. Curt.3.2.9; 4.7.18; etc.; vid. L.A. García Moreno; F.J. Gómez Espelosín, *Relatos de viajes en la literatura griega antigua*, Madrid, 1996, p. 140. El Cáucaso era una frontera mítica: v. D. Braund, «The Caucasian Frontier: Myth, Exploration and the Dynamics of Imperialism», en P. Freeman; D. Kennedy (eds.), *The Defence of the Roman East*, Oxford 1986, 31-49.

³⁰ Amm.23.5.16; Plin.*NH* 6.19.51. Plutarco (*Pomp.*36.1, 38.3) especifica que se retiró antes; cf. M. Chaumont, «L'expédition de Pompée le Grand en Arménie et au Caucase (66-65 av. J.-C.)», *QC*, 6, 1984, 17-94, pp. 54 y ss. Sobre el Índico, véase Plu.*Pomp.*38.2-3; sobre «toda Asia», Flor.*Epit.*1.40.31; cf. D.S.40.4. Apiano (*Mith.*117-8) es más exacto sobre la extensión de las conquistas de Pompeyo.

³¹ G. Zecchini, «Sallustio, Lucullo e i tre schiavi di C. Giulio Cesare (due nuove frammenti delle *Historiae*?)», *Latomus*, 54, 1995, 592-607, p. 594.

igualmente discutidas: los camellos, como apunta el propio Plutarco, habían sido vistos anteriormente, y otro tanto se nos cuenta respecto a las cerezas³². Este aspecto también podía ser interpretado como un caso de ὕβρις, al haber sobrepasado los límites establecidos por los dioses³³. Ciertamente, Lúculo aparece como el heraldo que anuncia a Roma dos males endémicos que padecerá durante el Imperio: la interminable lucha contra los partos, y la relajación de las tropas de la frontera oriental. Las victorias de Lúculo, y las riquezas que le reportaron, serían, en opinión de Plutarco, las que impulsarían después la expedición pártica de Craso, de nefasto desenlace³⁴, que marca el comienzo de una tortuosa relación entre Roma y una de sus mayores pesadillas.

Pero el peor de los factores negativos que Lúculo aporta a Roma cuando regresa, sería, en opinión de algunos, la introducción de la τρυφή, el gusto por el lujo, que iba aparejado a la corrupción de las costumbres consideradas tradicionales. Lúculo cambiará aparentemente de actitud: se construirá grandes mansiones, vestirá ricos ropajes, y efectuará grandes dispendios en magníficas fiestas³⁵. Sus detractores aprovecharon para recriminarle su conducta como impropia de un romano. Pero Lúculo seguía una serie de costumbres introducidas bastante tiempo atrás, por lo que estas críticas se deberían a una manipulación interesada

³² Sobre los camellos, vid. Sall.Hist.3.42M *apud* Plu.Luc.11.6; Amm.23.6.56 (ya habían sido vistos en la batalla de Magnesia: Liv.37.40.12). Sobre las cerezas: Athen.2.50f-51a; Plin.NH 15.30.102; Tert.Apol.11.8; Amm.22.8.16; Isid.17.7.16. Lúculo fue atacado con flechas que ardían gracias a una especie de asfalto: Plin.NH 2.108.235; Sall.Hist.fr.4.61M; D.C.Epit.Xiph.36.1b.

³³ M. Sordi, *art. cit.*, 138-9 (sobre el Tauro); cf. Tert.loc. cit.; Plu.Luc.34.3 (relación de cerezas y camellos con la *luxuria*).

³⁴ Plu.Luc.36.7, Cras.16.2; cf. Cic.Dom.23.60; V. Chapot, *La frontière de l'Euphrate de Pompée à la conquête arabe*, París, 1907, p. 157 n.2; A. La Penna, *Sallustio e la rivoluzione romana*, Milán, 1968, pp. 291 y ss.; Th. Liebmann-Frankfort, *La frontière orientale dans la politique extérieure de la République romaine depuis le traité d'Amphipolis jusqu'à las conquêtes asiatiques de Pompée (189/8-63)*, Bruselas, 1969, pp. 315 y ss.

³⁵ Vell.2.33.4; Plin.NH 9.80.170; Nic.Dam.fr.77 a-bJ *apud* Athen. 6.274 e-f=12.543a. En general, Plu.Luc.38 y ss., *Mor.*204b; Hor.*Ep.*1.6.40-46. Lúculo no relacionó esta afición por los banquetes con Dioniso, aunque se le asoció con éste y pudo estar implícita (Plu.Cim.2.2, 3.2; cf. en sentido peyorativo Tert.Apol.11.8). Sobre sus mansiones, véase V. Jolivet, «Xerxes Togatus: Lucullus en Campanie», *MEFRA*, 99, 1987, p. 875-904. Plutarco asigna ahora a Lúculo los términos propios de un bárbaro: véase A.G. Nikolaidis, «Ἑλληνικός-βαρβαρικός. Plutarch on Greek and Barbarian characteristics», *WS*, 20, (1986), 229-244, pp. 237-8, aunque no deja de reconocer su filohelenismo: cf. A. Wardman, *op. cit.*, pp. 134 y 218. Su casa aparece como un punto de encuentro de los intelectuales griegos (Plu.Luc.42.1-2).

de la realidad histórica³⁶, como lo prueba el hecho de que el momento de inicio de esta corrupción moral de la República varíe según los diferentes autores³⁷. Con ello se intentaba por extensión el descrédito de un peculiar grupo de miembros de la aristocracia romana, a los que genéricamente se dio el nombre de *piscinarii*, en alusión a sus fastuosos viveros piscícolas, símbolo de su despreocupación por los asuntos públicos y por tanto de su degradación moral³⁸. Pero probablemente la opinión pública romana no sintiera un rechazo unánime hacia Lúculo, ahora volcado en su afición por la Filosofía³⁹; de hecho, hubo quienes aplaudieron que supiera retirarse a tiempo⁴⁰. Pero además, la *τροφή* habría sido un tema recurrente en la literatura sobre los periodos de crisis: como afirma Zecchini, «atribuir un fuerte significado moral a las consecuencias de una expedición militar en Oriente, o, más genéricamente, de un prolongado contacto de los romanos con el mundo oriental era por otra parte un motivo desarrollado en el curso del siglo II y convertido en tópico»⁴¹.

³⁶ R. Syme, *La Revolución Romana*, Madrid, 1989, pp. 44 y ss.; R. MacMullen, «Hellenizing the Romans», *Historia*, 40, 1991, 419-438, pp. 431 y ss.; A.C. Keaveney, *op. cit.*, 155. Para G. Zecchini, *La cultura storica di Ateneo*, Milán, 1989, p. 119 n.231, esta datación de la llegada de la *τροφή* a Roma en el 66 habría partido de Nicolás de Damasco.

³⁷ Para un repaso, véase G. Zecchini, *art. cit.*, pp. 595 y ss.

³⁸ J. van Ooteghem, «Piscinarii», *LEC*, 36 1968, 41-46; T. P. Hillman, «When did Lucullus Retire?», *Historia*, 42, 1993, 211-228, pp. 226 y ss. Para una interpretación del término *piscinae*, cf. G. Chic García, *La proyección económica de la Bética en el Imperio Romano (Época Altoimperial)*, Sevilla, 1994, p. 40 n.1. Quizás Salustio, en *Cat.* 20.11, esté aludiendo a Lúculo. Aunque no todas son referencias negativas: Varrón (*RR* 3.17.9) asoció a éste con Neptuno, divinidad con la que se relacionaron en este periodo algunas familias: véase T.P. Wiseman, «Legendary Genealogies in Late-Republican Rome», *G&R*, 21, 1974, 153-164, pp. 162 y ss. Sexto Pompeyo se hizo proclamar «Nuevo Neptuno» (*D.C.*48.19.2, 48.31.5; *App.B.C.*5.100; *Plin.NH* 9.22.6; *Hor.Épod.*9.7; *Porph.ad Hor.Épod.*9.7), y Escipión Africano también se vinculó a este dios: vid. H.H. Scullad, *Scipio Africanus. Soldier and Politician*, Londres, 1970, pp. 52 y ss. Un caso similar al de Lúculo estaría en los *piscinarii* de Q. Hortensio (*cos.* 63 a.C.) (*Varr.RR* 3.17.5). Sobre la amistad y colaboración política entre ambos, cf. E.S. Gruen, *The Last Generation of the Roman Republic*, Berkeley, 1974, pp. 50 y ss.

³⁹ N. Petrochilos, *Roman Attitudes to the Greeks*, Atenas, 1974, pp. 85-6.

⁴⁰ *Plu.Luc.*1.4, 28.3-4.

⁴¹ G. Zecchini, *art. cit.*, 595. En general, vid. A.W. Lintott, «Imperial Expansion and Moral Decline in the Roman Republic», *Historia*, 21, 1972, 626-638; G. Zecchini, «Cn. Manlio Vulson e l'inizio della corruzione a Roma», *Politica e religione...*, 159-178; N. Berti, «La decadenza morale di Roma e i *virii antiqui*: riflessioni su alcuni frammenti degli *Annali* di L. Calpurnio Pisone Frugi», *Prometheus*, 15, 1989, 39-58 y 145-159, pp. 46 y ss.; cf. J.M. André, *L'otium dans la vie morale et intellectuelle romaine*, París, 1966, pp. 49 y ss.; *Cic.Mur.*5. Sobre el motivo de la *τροφή* como ruina de los pueblos, vid. A. Paserini,

La raíz de esta controversia se hundiría en los entramados de la lucha política de la Roma del momento, en que precisamente Lúculo hace valer su autoridad contra la aprobación de las medidas tomadas por Pompeyo en Oriente ⁴². Lúculo se habría esforzado por atribuirse el mérito de la victoria sobre Mitridates ⁴³ (que Pompeyo reclamaba para sí, aunque sólo se hubiera enfrentado con él una vez ⁴⁴), y procurar en lo posible tapar la vergüenza de su humillante retorno a Roma, que le había reportado entre otras cosas la dilación de su triunfo ⁴⁵, y la anulación de las medidas que había adoptado durante su campaña ⁴⁶. Las críticas a esta vida lujosa de Lúculo habrían provenido tanto de Pompeyo y Craso, como de su antiguo amigo Cicerón ⁴⁷. Este interés de los pompeyanos por difundir la imagen

«La *τροφή* nella storiografia ellenistica», *SIFC*, 9, 1934, 35-56; U. Cozzioli, «La *τροφή* nella interpretazioni delle crisi politiche», *Tra Grecia e Roma. Metodi antichi e metodologie moderne*, Roma, 1980, 133-146.

⁴² *Plu.Pomp.*46.6, *Cat.Min.*31.1; *App.BC.*2.9; *Vell.*2.40.5; *D.C.*37.49.3-4. Sobre esta rivalidad, vid. B. Twyman, «Pompeius, the Metelli and Prosopography», *ANRW I*, 1, 1972, 817-874, pp. 868 y ss.; D. Epstein, *op. cit.*, pp. 77, 83-4; T.P. Hillman, «The alleged...»; *id.*, «When did...», pp. 218 y ss. La aparición de la obra de Arquias habría ido oportunamente a ensombrecer las acciones de Pompeyo (E.S. Gruen, *op. cit.*, p. 267).

⁴³ *Plu.Pomp.*31.3-7, *Luc.*35.7, cf. *Sull.*27.8; *App.Mith.*97, *B.C.*2.9.

⁴⁴ La victoria de Pompeyo fue fruto de la situación heredada, de su aplastante superioridad de efectivos, y de su sagacidad: Tigranes, realista, se postró ante él (*App.Mith.* 105-106; *Plu.Pomp.*33, *Mor.*336 d-e; *D.C.*36.50.53; *Vell.*2.37.35; *Oros.Hist.*6.4.8; *Eutr.*6.13; *Liv.Per.*100). Mitridates fue en constante retirada (*Plu.comp.Cim.-Luc.*3.3), y sólo se enfrentó a Pompeyo en el célebre combate nocturno que parece más bien una refriega motivada por la casualidad (*D.C.*36.48.9; *Plu.Pomp.*22.5-7; *Oros.Hist.*6.4.3; *Front.Str.*2.1.12; *Flor.Epit.*1.40.23-24; *Vir.Ill.*76.7; *Fest.Breu.*16.1; *Eutr.*6.12.2). Pompeyo también dejó huir al rey y se alejó del Ponto, pero supo consolidar mejor sus conquistas y esperar el desenlace previsible, aunque en Roma se le criticó por su imprudencia (*Plu.Pomp.*38.1-2, 41.2). El relato de sus campañas en el Cáucaso pudo estar destinado a camuflar su fracaso inicial frente a Mitridates: vid. D. Braund, *Georgia in Antiquity (550 B.C.-562 A.D.)*, Roma, 1994, pp. 161-2. Esta situación era en cierto modo análoga a la que se había dado en la Guerra de Jugurta entre Metelo Numídico y Mario: cf. R. Syme, *Sallust*, p. 151.

⁴⁵ *Plu.Luc.*37.2, *Cat.Min.*29.3-4; A.C. Keaveney, *op. cit.*, pp. 131 y ss. Pompeyo sólo le dejó 1.600 soldados (*Plu.Luc.*36.1-4).

⁴⁶ *Plu.Luc.*36.1 y 4, *Pomp.*31; *Iust.*40.2.3; *App.Syr.*49. Algunas de las decisiones de Lúculo en nada afectaban a la marcha de la campaña, como sería el caso del abuelo materno de Estrabón, a quien Pompeyo negó los honores prometidos por su antecesor (*Str.*12.3.33).

⁴⁷ *Plu.Luc.*38.3-4. La actitud de Cicerón es ambigua: por un lado lo alaba y por otro, sobre todo en sus cartas, lo critica: véase *D.C.*36.43.2-5; *Cic.Pomp.*4.10, 8.20-21, 9.23, *Mur.*20, 33, *Att.*13.19, 1.1, 1.16, 1.19; cf. J.R. Taylor, «Political motives in Cicero's defence of Archias», *AJPh*, 73, (1952), 62-70; M. Griffin, «Philosophy, Politics and Politicians», en M. Griffin; J. Barnes (eds.), *Philosophia Togata*, Oxford 1989, 1-37, p. 14; J. Barnes, «Antiochus of Ascalon», en *ibid.*, 51-96, p. 61; A.C. Keaveney, *op. cit.*, pp. 11-12. Además, en el terreno de la Filosofía, Cicerón, seguidor de Filón de Larissa, se habría opuesto a Lúculo, seguidor de Antíoco de Ascalón: cf. C.P. Jones, «Plutarch, *Lucullus* 42, 3-4», *Hermes* 110 (1982) 254-6; J. Barnes, *art. cit.*, pp. 68 y ss., 90 y ss.

de nuestro personaje como *Xerxes togatus*⁴⁸ habría tenido no sólo la intención de desautorizarlo moralmente (y por tanto políticamente), sino también la de eclipsar en lo posible los intentos de asociación de Lúculo con Alejandro que pudieran ensombrecer el deseo de Pompeyo por presentarse ante Roma y ante el Mundo como reencarnación del gran macedonio⁴⁹. También se atribuye esta visión negativa al círculo cesariano, que habría pretendido justificar la *τροφή* de César como una versión romana del evergetismo helenístico, frente a la vieja *nobilitas* severa hasta el extremo como Catón o, como Lúculo, amiga del dispendio hasta lo grotesco⁵⁰.

Así pues, nos encontramos con visiones contrapuestas de Lúculo, una laudatoria y otra negativa⁵¹. Hubo quienes no dudaron en presentarlo como un ser en el que la avaricia habría sido parte consustancial de su personalidad, y, adelantando hechos posteriores, achacaron a ello el fracaso de su campaña oriental⁵². Tal visión contrasta no sólo con autores como

⁴⁸ Así llamaba Pompeyo a Lúculo: *Plu.Luc.*39.9; *Vell.*2.33.4; *Plin.NH* 9.80.170; cf. *Tac.Ann.*15.42.4; *Sall.Cat.*13.1. Esta comparación se debía a los canales y estanques que Lúculo hizo excavar en una de sus propiedades, cerca de Nápoles. Como el rey persa, Lúculo también habría incurrido en *ὑβρις*, concepto éste relacionado con la *τροφή*: cf. U. Cozzioli, *art. cit.*, p. 133.

⁴⁹ Un caso similar pudo haber tenido lugar entre Pompeyo y Craso en su relación con Heracles: cf. B. Rawson, «Pompey and Hercules», *Antichthon*, 4, 1970, 30-37. Sobre la *imitatio Alexandri* en Pompeyo, véase especialmente O. Weippert, *Alexander Imitatio und römische Politik im Republikanischen Zeit*, Würzburg, 1972, pp. 87 y ss.; P. Greenhalgh, *Pompey. The Roman Alexander*, Londres 1980.

⁵⁰ G. Zecchini, *art. cit.*, pp. 599-600. Asinio Polio ha sido propuesto como principal valedor de esta corriente: *ibíd.*, pp. 249-250; T.P. Hillman, «Plutarch and the First Consulship of Pompeius and Crassus», *Phoenix*, 46, 1992, 124-137, p. 137. Plutarco conoce la obra de Polio tras escribir el *Lúculo*: véase B. Scardigli (ed.), *Essays on Plutarch's Lives*, Oxford 1995, «Introduction», 1-31, p. 22; T.P. Hillman, «When did...», 218. Sobre el trato despectivo de César hacia Lúculo, véase *Suet.*1.20.4; cf. *Plu.Luc.*42.6; R. Syme, *La revolución...*, p. 84; M. Gelzer, *Caesar. Politician and Statesman*, Oxford 1969, p. 75; aunque E.S. Gruen, *op. cit.*, p. 92 n.29, duda de esta rivalidad.

⁵¹ Uno de los favorables podría haber sido Nepote (*Plu.Luc.* 43.1); cf. F.P. Rizzo, *op. cit.*, pp. 22-3; J. Geiger, *art. cit.*, p. 96. Plutarco y Apiano debieron haber usado fuentes comunes, pues coinciden en exaltar a Lúculo (cf. F.P. Rizzo, *op. cit.*, pp. 85 y ss.). Se piensa en Salustio: *ibíd.*, p. 81; Th. Reinach, *op. cit.*, p. 441; T.W. Hillard, *art. cit.*, p. 39 n.111. Lúculo debió haber sido un personaje de suma importancia para éste, dada su preocupación por la decadencia moral de la República; cf. A. La Penna, *op. cit.*, pp. 287 y ss.; G. Wirth, «Pompeius im Osten», *Klio*, 66, 1984, 574-580, pp. 576 y ss.

⁵² *Vell.*2.33.1: *...ultimamque bello manum paene magis noluerat imponere quam non potuerat, quia alioqui per omnia laudabilis et bello paene invictus pecuniae pellebatur cupidine...*, cf. 2.33.2; *Cic.Pomp.*9.23; *Sen.Contr.*9.2.19; *Plin.NH* 28.14.56; *Tert.Apol.*11.8; *Amm.*23.5.16. Clodio acusará de avaricia a Lúculo ante los soldados, en contraste con Pompeyo (*Plu.Luc.*34.3), y éstos repetirán ese mismo reproche (*ibíd.* 35.4). La campaña de Armenia se explicó también como promovida por Lúculo para retener el mando: *ibíd.* 24.3, 33.4; cf. *D.C.*36.2.1; *Sall.Hist.*fr.4.70M.

Plutarco y Apiano, sino con una serie de hechos incuestionables: en su juventud Lúculo había dado una prueba de sobriedad al rechazar la visita a las maravillas de Egipto, aduciendo que se trataba de espectáculos para gente sibarita, y no como él, que había dejado a su general acampado al raso⁵³; también quiso ahorrar gastos a la República autofinanciando sus campañas⁵⁴; y sus dificultades para controlar el saqueo por parte de las tropas nunca se dirigieron a garantizar su provecho personal, sino a consolidar las victorias y no perder en ningún momento el control sobre los soldados, tal y como había visto hacer a Sila⁵⁵. Lo que perdió a Lúculo no fue tanto su deseo de riquezas, cuanto el exceso de confianza en las propias posibilidades⁵⁶. Este fracaso sería explicado como un revés de la Fortuna, o de la propia voluntad divina, que habría regido el destino de nuestro personaje⁵⁷.

Junto a las riquezas, Lúculo había traído de Oriente una dosis no pequeña de desengaño respecto a la vida política, a las amistades, y, también, a los reveses de la suerte. Una vez que Pompeyo hubo logrado ratificar sus

⁵³ Plu.Luc.2.6. Esta imagen virtuosa de Lúculo pudo derivar de las memorias de Sila, cf. B. Scardigli, *Die Römerbiographien Plutarchs. Ein Forschungsbericht*, Munich, 1979, p. 104. Es también considerado ejemplar su rechazo al cargo de gobernador en Cerdeña por estimarlo asociado a la corrupción (D.C.36.41); cf. David; Dondin, *art. cit.*, *passim*; A.C. Keaveney, *op. cit.*, pp. 41-2.

⁵⁴ Plu.Luc.13.4; Cic.Flac.29, *Pomp.*8.21. Lúculo no se dedica al saqueo sistemático por los territorios que atraviesa en su marcha contra Tigranes (cf. App.*Mith.*84), y sus tropas se quejan de la falta de botín, y de que se las haga acampar fuera de las ciudades (Plu.Luc.14.2, 33.3-4; cf. Sall.*Hist.*fr.4.12M).

⁵⁵ Plu.Luc.17.5-7, 19.3-5; App.*Mith.*82, 85. Se relaciona a Sila en Atenas con Lúculo en Amiso (la «Atenas del Ponto»).

⁵⁶ A. La Penna, *op. cit.*, p. 290; L. Ballesteros Pastor, *op. cit.*, p. 460. Cf. Sall.*Hist.*fr.4.69.15M.

⁵⁷ Los dioses lo llevan a combatir a Mitrídates y vencer (Plu.Luc.3.7; 4.4; 13.4) y la Fortuna lo abandona tras su victoria en Nisibis (*ibíd.*33.1-2, cf.19.5; Cic.*Pomp.*4.10); cf. S.C.R. Swain, «Plutarch's *de Fortuna Romanorum*», *CQ*, 39, 1989, 504-516, p. 513. La *τύχη* es para Plutarco un elemento fundamental para los cambios en las personas: *id.*, «Character Change in Plutarch», *Phoenix* 43, 1989, 62-68, pp. 64 y ss.; y utiliza este concepto comúnmente en contextos relacionados con la voluntad divina y la Providencia: *id.*, «Plutarch: Chance, Providence and History», *AJPh*, 110, 1989, 272-302. El caso de Lúculo no habría sido el del abandono de la *τύχη* por la falta de *ἀρετή* ni *παιδεία*, pues Plutarco no sigue una pautas homogénea sobre el tema: cf. A. Pérez Jiménez, «Actitudes del hombre frente a la *Tyche* en las *Vidas Paralelas* de Plutarco», *BIEH*, 7, 1973, 101-110; C. Gill, «The Question of Character-Development: Plutarch and Tacitus», *CQ*, 33, 1983, 469-487; C.R.B. Pelling, «Plutarch: Roman Heroes and Greek Culture», *Philosophia Togata*, 199-232, p. 231. Se discute si Antíoco de Ascalón, consejero de Lúculo, pudo haber considerado la victoria de Tigranocerta como un designio divino, en su obra *Sobre los dioses* (*apud* Plu.Luc.28.7): vid. J. Barnes, *art. cit.*, p. 63 con n. 50.

propias decisiones, continuar con una venganza personal en la arena política hubiera reportado a Lúculo muchos sinsabores y escasos motivos de satisfacción. Quizás por ello prefirió vivir apartado, y hacer caso omiso de las críticas, en un ambiente en el que la valoración moral de los políticos sólo suponía (hoy como ayer) un recurso que, convenientemente esgrimido, podía ser utilizado para el descrédito de los adversarios.

